

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
MAYO 2013

POLÍTICA

LA PARADOJA DE MARGARET THATCHER

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

En el último mes se ha dicho de Margaret Thatcher todo lo imaginable. Tanto sus partidarios como sus detractores, sin embargo, han estado de acuerdo en que las medidas thatcheristas vencieron y son hoy el modelo a partir

•El legado de la Dama de Hierro.

del cual se desarrolla la política en la mayor parte de países occidentales. Sin embargo, en muchas ocasiones, se ha pasado por alto algo relevante, lo que John Campbell, autor de la que probablemente sea su mejor biografía, *The Iron Lady* (Penguin, 2011), llamó “la paradoja central del thatcherismo”: la paradoja de que un buen número de los logros de Thatcher –o de las consecuencias no planeadas de sus logros– fueran exactamente en contra de lo que ella creía, de lo que ella estimaba.

Margaret Thatcher, como es sabido, era hija de una familia de clase media (o media-baja, según dónde se lea) de tenderos. Su padre era metodista, participaba en la política local como conservador e inculcó a sus dos hijas una particular ética del trabajo y el sacrificio. Margaret logró una beca para estudiar química en Oxford, y allí desarrolló una amplia actividad política dentro de la asociación conservadora. En parte, cuenta Campbell, Thatcher decidió meterse en política por el desagrado que le causaban sus compañeros de la universidad de élite: la mayoría de ellos pertenecían a la clase alta, a familias que habían copado los altos puestos empresariales, funcionariales y políticos británicos durante décadas, que sentían un desdén intuitivo

por los pequeños y esforzados tenderos con los que Thatcher se identificaba. Su conservadurismo, en cambio, era de pequeño burgués, de trabajador esforzado, de modesto propietario sin contactos con el gran poder. Con su participación en política, Thatcher pretendía defender ese pequeño mundo honesto y laborioso que identificaba, quizá con cierta idealización, con lo mejor de su país. Nada de endeudarse, ningún placer caro, familia tradicional y cristianismo pragmático. Esa fue la imagen que, muchos años después, metida ya en la alta política, Thatcher quiso transmitir en su propaganda electoral: una simple madre de familia que lava sus platos, sabe que mostrar amor a los hijos pasa por disciplinarlos severamente y lleva las cuentas con un rigor inquebrantable. ¿Quién mejor podría sacar adelante un Estado? La buena vida pasaba por una moralidad ordenada y tradicional, y la buena economía no era más que una consecuencia de ello.

Sin embargo, no fue esa moralidad –ni esa economía– la que el thatcherismo fomentó. Cito a Campbell:

La paradoja central del thatcherismo es que Thatcher presidió y celebró una cultura de rampante materialismo –“diversión, codicia y dinero”– que en lo básico estaba en contra de sus propios valores, que esencialmente eran conservadores, anticuados y puritanos. Ella creía en el ahorro, pero alentó un endeudamiento récord. Alababa la familia como la base esencial de una sociedad estable, pero creó una economía encarnizada y un clima de fragmentación social que contribuyó a romper familias, e impuestos y provisiones de servicios sociales que discriminaron el matrimonio. Thatcher desaprobaba el desorden sexual y la exhibición pública de material ofensivo, pero promovió un comercialismo ilimitado que desató una oleada de pornografía, en letra impresa y en el cine, inimaginable pocos años antes.



Thatcher, en definitiva, aspiraba a un capitalismo popular, refractario al Estado, de familias ordenadas con casa en propiedad, pequeño negocio y ahorros bien invertidos en acciones sólidas. Pero no fue eso exactamente lo que obtuvo. Como en tantos otros lugares, como hace tan poco, la extensión de la propiedad o el aumento del número de personas con inversiones bursátiles, cosas buenas en sí mismas, llevaron a mucha gente a actuar con temeridad de nuevo rico, no con prudencia de pequeño burgués. El capitalismo al que aspiraba Thatcher nunca tuvo lugar, o al menos no en la medida que ella esperaba, y lo que ahora tenemos a cambio es un mercado que, ciertamente, funciona mejor que antes —como reconoció en un bello artículo publicado en el *Guardian* y en *El País* Ian McEwan, que fue un furibundo antithatcher—, pero que no es exactamente un capitalismo popular: el monopolio del Estado, en muchas ocasiones, ha sido sustituido por cuasi monopolios privados muy bien conectados con el Estado y dirigidos en muchos casos por esas familias del *establishment* que Thatcher, al menos en su juventud, aborreció. ¿Valió la pena el cambio? Diría que sí. Pero el legado de Thatcher, como el de casi todos los políticos conservadores —y progresistas— posteriores a ella, es paradójico: triunfó, pero no del modo en que quería. Así, probablemente, es la política. Así, probablemente, cuando hay suerte, es la vida. —

EDUCACIÓN CAMINO DEL FUEGO

✎ ISMAEL GRASA

La educación, como la democracia, es algo que parece no tener arreglo, como sucede con todo lo que de verdad es humano. A veces tengo dudas sobre qué es el liberalismo, y reconozco que nunca me ha interesado mucho la ciencia de la pedagogía, lo que no quita para que, en términos generales, me considere alguien liberal, y,



+Transmitir saber y amor al saber.

en términos prácticos, me dedique a la enseñanza. La educación, como sucede con la democracia, exige un perpetuo reajuste, según unos términos sobre los que me propongo aquí pensar un poco en voz alta. Este reajuste sería un ir de “error en error”, según una expresión que utilizó Saint-Exupéry en su *Carta a un rebén*, y que encaja muy bien con el liberalismo de Karl Popper y su modelo de sociedad abierta: las utopías son proyectos de sociedades cerradas, mientras que las democracias son antiutópicas... Saint-Exupéry, que unas páginas antes ha contado cómo el hecho de vestir corbata a punto estuvo de costarle la vida cuando fue descubierto por unos anarquistas españoles, escribe: “¡Respeto por el hombre! ¡Respeto por el hombre!... Si el respeto por el hombre se funda en el corazón de los hombres, los hombres acabarán por fundar, a cambio, el sistema social, político o económico que consagrará ese respeto. Una civilización se funda primero en la sustancia. Empieza siendo en el hombre deseo ciego de cierto calor. Después el hombre, de error en error, encuentra el camino que conduce al fuego.”

Podríamos partir de la idea, por tanto, de que hay que confiar en las personas, a diferencia de lo que sucede en los planteamientos totalitarios. El deseo de justicia emerge de cada hombre, y tendrá reflejo en

sus instituciones. Las personas, por sí mismas, pueden ser capaces de crear obras bellas, respetar mutuamente sus ideas y poner freno a los abusos. El pensamiento totalitario parte, por el contrario, del principio de que la población, dejada a su libre arbitrio y comercio, inevitablemente da lugar a injusticias que cada vez se han de volver más insostenibles, hasta que sea precisa la intervención de un elemento impuesto y exterior, un proyecto ideológico que ha de llevar a cabo en exclusiva el Estado. Según esto, el hombre, por sí solo, tendría a reproducir el mal y a apartarse de la verdad. El Estado, y su sistema educativo, serían la fuente del bien. Y para ello, por tanto, los profesores deberían estar sometidos a una vigilancia por la que los ideólogos del Estado se asegurasen de que están siendo fieles al proyecto que se pretende alcanzar. El profesor, según esto, dejaría de ser un mediador del saber para convertirse en un supuesto instrumento corrector del mal, y en mediador, consciente o no, de ideología. El profesor que pretenda transmitir saber, o amor al saber, un saber por saber, pasa a ser visto como alguien reaccionario, porque su tarea primera, bajo esta nueva perspectiva, es corregir la injusticia social. Y puesto que nada suele ser más desigual que el saber, y que las capacidades

y disposiciones para aprender, la enseñanza, entendida como un sistema de compensación, se vuelve en sí ya algo conflictivo. La pedagogía y los recursos tienden a centrarse en los alumnos más problemáticos, lo cual es comprensible, siempre y cuando se atienda correctamente a los alumnos que muestran una buena disposición hacia el saber, permitiéndoles que lleguen hasta allí donde sean capaces. Y aquí me viene a la cabeza una anécdota que el poeta Ángel Guinda le contó al escritor Félix Romeo. A Guinda, que estaba haciendo una campaña política en Aragón por un partido de izquierdas, le reprocharon en un pueblo que acudiese en un coche deportivo, a lo que respondió: “Quiero la riqueza para todos, no la pobreza para todos.”

El Estado, de entrada, se ha de asegurar de que se cumplan los derechos básicos, como es el de educación, lo cual no significa que sea él quien haya de impartirlo en términos de exclusividad. Es deber del Estado, como ha explicado bien el liberalismo matizado de John Rawls, velar por que tienda a haber una igualdad de oportunidades entre los ciudadanos, porque lo contrario sería injusto. Ha de haber ayudas y compensaciones, porque no existe, ni ha existido en un pasado, un punto de partida de justicia completa. O, dicho de otro modo, el capitalismo estricto, basado en el derecho natural de propiedad y libre intercambio, no deja de ser también un modo de utopía, aunque sea una utopía que se proyecta hacia el pasado: la idea de que las desigualdades estarían justificadas porque partimos de un punto primigenio de condiciones de igualdad, cuando lo cierto es que no hace falta rastrear mucho para descubrir que no siempre las riquezas proceden de unas condiciones de legitimidad óptima, por así decirlo. De modo que, si realmente somos antiutópicos, parecemos condenados a dar lugar a formas mixtas de gobierno. Y, en lo que toca a la educación, habría que pensar que la labor del Estado no tiene por qué ser, insisto, la de impartirla, sino el

velar por que los derechos se cumplan, según el principio de que el Estado ha de llegar ahí donde no llega la sociedad civil. Ha de vigilar, por ejemplo, para que no se formen barrios de marginación y pobreza, o para que nadie quede excluido por nacimiento de las esferas más altas de la sociedad. Tiene, ciertamente, un elemento “corrector” que llevar a cabo, pero esta corrección no va contra la sociedad, sino que se suma a ella. Por eso la enseñanza privada, o en régimen de concierto económico, no debería verse en principio como una “deslealtad”, o fruto del egoísmo y de la insolidaridad de los padres—como es percibida en muchos ámbitos de la sociedad española, y supongo que en otros países—sino como algo normal y deseable. El problema, y vuelvo aquí a nuestro país, es que el debate sobre la educación concertada se mezcla con el de la educación religiosa, al ser esta clase de centros mayoritario. Y sí, ciertamente, no parece algo conveniente que colegios vinculados a una confesión religiosa reciban dinero público, siendo el Estado laico. Pero, aunque esta es una cuestión que puede encender los ánimos religiosos o antirreligiosos en una discusión, no debería enturbiar la idea central de que el Estado no tiene por qué tener el monopolio de la educación.

En mi opinión, es preferible que la religión no esté en los colegios a que esté. Me parece que la educación religiosa impide hablar sobre las cosas de verdad, con respeto, y acaba haciendo que los asuntos serios sean tratados con una media sonrisa, con inmadurez. Esto da lugar o bien a cierto cinismo social, o bien al reclamo de un “respeto” específico de la conciencia religiosa que, en términos de convivencia civil, debería considerarse improcedente. Lo que a muchos nos gustaría realmente es que hubiese una buena educación laica en nuestro país, sea pública, privada o de régimen mixto, y que diese suficientes garantías a los padres. Tony Judt explicó con detalle en su libro *El refugio de la memoria* cómo, en una época en que las universidades estaban cerradas a

personas de su procedencia social, pudo acceder a los mejores campus del mundo gracias al sistema de educación pública y selectiva de la Gran Bretaña de los años cincuenta. Y ha denunciado cómo el fin de ese criterio meritocrático en la educación pública, por un nuevo criterio igualitarista, dio lugar a un insólito renacer de la educación privada en su país. Supongo que la cuestión está en alcanzar en este punto un equilibrio.

Fernando Savater ha hecho una valiosa pedagogía sobre el falso dilema ante el que los alumnos españoles han tenido que optar durante nuestra democracia: o la asignatura de religión o la de ética. Esta falacia perversa se proyecta también entre nosotros cuando, desde un falso liberalismo, que no es más que conservadurismo con rasgos integristas, se pretende hacer de la filosofía una materia optativa. Es la otra cara del totalitarismo descrito al inicio, la desconfianza compartida hacia el “saber primero”, un saber por saber, exigente y desinteresado, que es el que nos hace humanos. —

JUSTICIA MATRIMONIO GAY, CUESTIÓN DE TIEMPO

ESTEFANÍA VELA BARBA

Uruguay y Nueva Zelanda legalizaron en abril el matrimonio entre personas del mismo sexo. Hasta el momento en que escribo esta nota, ya son trece los Estados que reconocen legislativamente estas relaciones en todo su territorio: España lo hace desde 2005. El número aumenta si se consideran los países en los que alguna de sus jurisdicciones permite estas uniones. Este es el caso de México. Si bien solo el Código Civil del Distrito Federal reconoce estas relaciones, el matrimonio ahí pactado es válido en todo el país. Esto, por el contrario, no ocurre en Estados Unidos en donde los estados no están obligados a reconocer

los matrimonios de los otros. Si una pareja *gay* cruza una frontera—digamos, viaja de Nueva York a Florida—, deja de estar casada. *Puf*. Magia legal.

Por eso es tan importante que en Estados Unidos la Suprema Corte—que está por decidir dos casos sobre este tema— reconozca que casarse es un *derecho* constitucional. Porque si es un *derecho* constitucional, el mismo debe respetarse en *todo* el territorio. La verdadera pregunta en ese país no es si es válido que una legislatura estatal *permita* el matrimonio *gay*—se asume que sí—, sino si *debe* hacerlo.

En muchos sentidos, este es el panorama europeo también. En el caso *Schalk y Kopf* contra Austria, resuelto en 2010, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos determinó que le correspondía a cada uno de los países sujetos a la Convención Europea de Derechos Humanos decidir si permite o no el matrimonio entre personas del mismo sexo. La amplitud del “margen de apreciación” de estos Estados, sin embargo, depende en gran medida de la existencia de un consenso sobre el estatus del matrimonio entre personas del mismo sexo. Entre más países lleguen a reconocerlo—y Francia está a punto de hacerlo—, lo más probable es que el Tribunal llegue a reducir la libertad de los Estados hasta el punto en el que todos *tengan* que reconocerlo.

Para el caso particular de Estados Unidos, quizá la Suprema Corte ni siquiera llegue a pronunciarse sobre esta cuestión tan fundamental. El primer caso que tiene que resolver es sobre una reforma a la Constitución del estado de California en la que se limitó el matrimonio a aquel conformado por un hombre y una mujer. Lo curioso es que California *ya permitía* el matrimonio *gay*. Hasta que el 52,24% de los votantes californianos decidieron que mejor *no*. (Si los profesores de derecho quieren enseñar un caso en donde una mayoría le quitó derechos a una minoría que ya los había adquirido, este es el ejemplo más claro que yo conozco.



+¿Un matrimonio normal?

Salvo el de la Alemania nazi, claro.) Esta medida fue impugnada ante los jueces federales, quienes la declararon inconstitucional. Esta determinación es la que se impugnó ante la Suprema Corte. El segundo caso es sobre la constitucionalidad de la Defense of Marriage Act (DOMA), una ley federal de 1996 en la que se estableció que la Federación, para efectos de los beneficios atribuidos a los matrimonios, solo reconocería los que fueran entre un hombre y una mujer. Aquí la Corte tiene que responder si es constitucional que la Federación *no* reconozca los matrimonios válidamente pactados en los estados. Si bien ambos casos podrían ganarse—en el primero, se tumba la reforma californiana; en el segundo, se tumba DOMA—, ello no significa que automáticamente habría matrimonio *gay* en *toda* la nación.

Pero quizá no importe ya. O al menos ese parece ser el mensaje en los medios estadounidenses. Se ha señalado una y otra vez cómo hasta los republicanos en los últimos meses ya se han declarado públicamente a favor del matrimonio *gay*. La revista *Time* publicó, después de las audiencias ante la Suprema Corte, portadas que afirmaban, con

fotografías de parejas del mismo sexo dándose un beso, que el matrimonio *gay* ya había ganado y que era solo cuestión de tiempo para que fuera una realidad nacional.

Es difícil leer estos reportajes sin creer que la guerra ya acabó. Hasta que, claro, se leen las notas sobre la oposición al matrimonio en Francia y vuelve la duda. Hasta que el número salta, otra vez: solo trece países del mundo reconocen este matrimonio. Hasta que surgen imágenes de golpizas que reciben las personas por el solo hecho de ser *gay*. Golpizas. Caras despedazadas. Cuerpos destrozados. *Por ser gay*. ¿Realmente ni siquiera a ese nivel básico las personas se pueden respetar?

Y, claro, entonces entiendo: por algo este tema no es solo sobre la familia, sino primordialmente sobre dignidad. Y por eso el discurso de los derechos es tan poderoso: porque esta *sí* es una lucha por la libertad básica de *ser*. Por algo, a pesar de las diferencias culturales y políticas, los países que han emprendido un proyecto constitucional ya están encaminados a este reconocimiento fundamental. Quizá sí sea solo cuestión de tiempo después de todo. —

CRÍTICA UNA ESPECIE INVASORA

MALCOLM OTERO BARRAL

Si yo le hablara de un crítico de cine que no tiene pelos en la lengua, que nunca se circunscribe a lo políticamente correcto, que no atiende a los intereses políticos de los medios en los que escribe y que, en lugar de innumerables referencias cinéfilas, sus críticas atienden directamente a lo visceral, usted podría pensar que por fin ha encontrado al crítico perfecto. Pero si es lector del diario *El País* o lo ha sido de *El Mundo*, posiblemente este retrato del justiciero sin pleiteas ya le suene a Carlos Boyero. Los más benévolos lo llaman un crítico atípico, pero, como él mismo ha confesado en alguna ocasión, se siente incómodo con la etiqueta de crítico. Y así, de paso, se libra de alguna de sus molestas obligaciones como intentar que la exégesis vaya más allá del “me emocionó” o de su recurrente “me deja frío”. Boyero encontró hace años el personaje perfecto que le exime de ataduras. “No sé cómo se puede ser riguroso y analítico”, decía en una entrevista. Y lo ha llevado hasta el final: se ha convertido en una suerte de opinador privilegiado que, con un tono rayano a la conversación tabernaria, se atreve con cualquier cosa, de la literatura a la política pasando por el fútbol. Al jugar fuera de su campo se aventura a escribir, por ejemplo, que en España no se había publicado hasta hace poco *Vida y destino*, de Vasili Grossman. La primera edición tiene casi treinta años. Pero ¿cuál es la causa de su éxito? Por una parte, un gusto popular. Boyero rompe con la idea clásica del crítico alejado de la gente: a Boyero le gusta exactamente lo mismo que al hombre corriente y siente un desprecio absoluto por todo aquello que pueda parecer, aunque sea levemente, intelectual. Por otro, lo que realmente ha hecho de este crítico una pequeña estrella mediática es su carácter atrabiliario. Las presuntas verdades como puños del crítico titular de *El País* están cargadas de altanería y



+Jugar con películas.

suficiencia y hacen las delicias de los lectores, siempre ávidos de morbo y muy atentos a su próximo exabrupto. En lo referente a la crítica, Carlos Boyero no eleva al espectador, no le enseña. Le da la razón a la masa, como si esta no viniera ya avalada por el éxito comercial, por los resultados. Que mi vecina, mi quiosquero y mis amigos menos cinéfilos piensen igual que Boyero denota que dejó hace tiempo, como al niño al que le ríen las gracias, de ser autoexigente. La función del crítico no es “acertar” lo que le guste a la mayoría de los espectadores. La razón al crítico se la dará el corte de la posteridad, que dirá si realmente estaba en lo cierto o no. No tengo ninguna duda de que Boyero sabe de cine pero, como parece obvio, esa es una condición necesaria pero no suficiente. El problema no está en sus concesiones al cine burdamente comercial, ni en la falta de respeto por cinematografías de otras latitudes, sino en la posición desde la que escribe. Boyero, muy consentido, se limita a subir el pulgar o a bajarlo en un juicio implacable como un César que no tiene necesidad ninguna de albergar sentimiento empático alguno. A uno puede gustarle o no la última película de Almodóvar pero, y eso es incontrovertible, el que tiene el talento es el director manchego y no al revés. En cuanto al

tono bilioso de Boyero, no se entiende la permisividad de su medio ante los insultos. Es muy curioso que mientras José María Izquierdo se ha dedicado a denunciar en el periódico los excesos verbales de la derecha mediática más ultramontana, el mismo diario permita los desmanes de Boyero que, como él mismo reconoce, tiene “cierta capacidad para el insulto”. Porque, no nos engañemos, tan malditamente poco graciosas resultan las mofas de Ferderico Jiménez Losantos como las de Carlos Boyero al llamar anormal, tarado o nazi a alguien, ya sea un director de cine o a un entrenador de fútbol. No se entiende por mucha aceptación que tenga en la red y muchas preguntas que le hagan en sus encuentros digitales en directo. Pero la culpa no es del crítico. Él estaba en otro ecosistema, en el mismo que Jiménez Losantos por cierto, y allí quizás no desentonaba tanto. En un golpe maestro, el líder de la prensa española le roba el crítico de referencia al segundón rompiendo una norma básica de la zoología: no se pueden trasladar especies de un hábitat a otro porque al poco empezarán a devastar el nuevo y será difícilmente recuperable. La prensa tiene compromisos adquiridos con los lectores. La información veraz y contrastada es el más importante. Pero crear opinión es

también una obligación de los medios, e intentar que sea una opinión de calidad debería ser un objetivo. No se puede ceder ese principio, abaratando la crítica, por cuatro clics en la web. No se debe dar pábulo al matonismo escrito de quien resuelve sus diferencias personales a través del periódico y no es admisible que el diario que aspira a mantenerse en la élite internacional esté trufado de ofensas baratas propias de una gaceta de cuarta. *El País* no puede permitirse un crítico de referencia se jacte de no serlo y se coloque siempre por encima del creador. No conozco a Carlos Boyero (aparte de los datos biográficos que él mismo se ha encargado de propagar como antiguas adicciones o cómo le gustan las señoras) pero amigos comunes me dicen que es un tipo estupendo. No lo dudo. Sus conocimientos enciclopédicos del cine, su desparpajo y la mala leche que destila en el periódico deben de ser muy entretenidos en persona. Pero, si puedo elegir, prefiero conocer el “gratis universo” de Javier Rebollo que la desternillante compañía de Carlos Boyero. —

INDIA LAS DOS CARAS DE MCLEOD GANJ

RONALDO MENÉNDEZ

1. LA MALA IMPRESIÓN
Mcleod Ganj, el lugar donde vive el Dalai Lama, no existe. Mi primera impresión fue la de un espacio virtual, un no-sitio incrustado en las montañas, una utopía superpoblada de occidentales “espirituales” que viajan como caracoles con sus mochilas a cuestas. Es imposible andar sus calles —tres carreteras estrechas y largas como una promesa que no siempre se cumple— sin que salga algún turista de debajo de una piedra a soltarle el rollo acerca de los maravillosos cursos de yoga que está haciendo, lo bueno que es hacer meditación cuando se está en el paro, o algún

otro aprendizaje de cocina tibetana o masajes ayurvédicos.

Llego agotado después de un año de viaje, bajo la sucia humedad del monzón, y mientras busco un hostel barato empieza una lluvia macondiana que no remite hasta veinticuatro horas después, con apagón incluido. “Fíjate”, le digo a Natalia, mi acompañante: “¿Te parece que esa calle tapizada de basura, abierta como una cicatriz de escalpelo, por donde los coches pasan a velocidad homicida y con cláxones enloquecedores, tiene algo de lo que los tibetanos se trajeron desde China cruzando el Himalaya?” Lo único pausado que circula por estas calles son unas babosas de talla extralarga. Y cuando veo vacas sagradas en las esquinas alimentándose de los contenedores de basura pienso que estarían mejor en el santo cautiverio de un estable.

La no-existencia de Mcleod Ganj se basa en este Disney World de cartón piedra levantado para mochileros que ponen los ojos en blanco poseídos por el buen rollito del budismo. El Dalai Lama, con su apretada agenda de ejecutivo espiritual, casi nunca está aquí. Te duermes, despiertas, y sigue sin estar aquí. Me cruzo con gente que lleva dos meses esperándolo a ver si da alguna charla en ese monasterio-templo que parece un polígono de hormigón mal pintado.

+Un parque temático para mochileros.



Pero la primera impresión no siempre es la que cuenta. ¿Cuánto duraron, exactamente, estas ganas de salir corriendo y no regresar jamás a aquel sitio? Duró lo que demoran en olvidarse ciertas palabras: *Mcleod Ganj* es el nombre del pueblito enclavado en la ciudad de *Dbaramsala*, que queda en el estado de *Himachal Pradesh*. Al día siguiente comprendí que no iba a ser tan fácil renunciar a palabras con resonancias de leyenda. Y Natalia me dijo: “Hagamos algo de lo que hace todo el mundo en este sitio, un curso de comida tibetana.”

2. EL EXILIO: CARA B

La harina para hacer los momos se amasa con paciencia, hay que empolverar constantemente la tabla y los dedos para que no se pegue, y todo parece nieve. Estirar, avanzar, dar vuelta. Al final de la primera clase nuestro chef nos sonrío llevando su lenta mano izquierda al pecho —le falta el dedo índice— y dice su nombre: Gyi'gyiang. Entonces supe que si no había olvidado las tres palabras de la región donde me encontraba, tampoco iba a olvidar el nombre de nuestro cocinero. Gyi'gyiang significa *excremento*. Y si alguien que imparte un curso de comida tibetana confiesa llamarse así, de pronto tienes ganas de quedarte para saber más.

Estirar la masa, dar vuelta, y la harina parece nieve. Gyi'gyiang

cruzó la cordillera del Himalaya durante un mes, hundido en la nieve, y perdió el dedo índice de la mano izquierda por congelación. Huyó, como la mayoría de los doce mil tibetanos exiliados en Mcleod Ganj, de la opresión del comunismo chino. Y su nombre significa *excremento* porque los tibetanos consideran que ciertos nombres peyorativos son una bendición: protegen a los niños de los espíritus malignos. Es entonces cuando comienzo a comprender.

Todos los exilios son desgarradores por definición. Pero estos hombres mansos y pausados que habitan Mcleod Ganj llevan a cuesta una sobredosis de sufrimiento y de felicidad simultánea. Paradojas vivientes. Han visto morir familiares durante el trayecto, cargan con la culpa de haber sobrevivido, y llegaron, literalmente, sin nada. La raída tela con que nuestro master chef ahora envuelve su torso ya es ganancia.

Para cruzar el Himalaya –nos cuenta Gyi'gyiang– se preparan grupos como si se tratara del equipo de rodaje de una de esas películas donde los hombres se pierden en el hielo y se comen unos a otros. Toman senderos que no existen, con un guía que permanece anónimo pero se encarga de hacerle saber a la tropa por dónde hay que ir. ¿Por qué esta desesperanza de un guía que no da la cara? Ya se sabe que los chinos son muchos y están en todas partes, y más entre el Tíbet y la India: si los pilla la policía china, según lo estipulado, matan al guía. Nuestro chef llegó a este pueblito perdido de la India y ahora espera que lleguen los viajeros occidentales en busca de espiritualidad, también hace masajes, teje y receta medicamentos naturales como si fuera un experto.

Las tres calles que forman Mcleod Ganj se llaman Bhagsu Road, que lleva al poblado del mismo nombre. Y otras dos paralelas se extienden hacia el este: Jogiwara Road y Temple Road. Dice el budismo que lo importante no es fin, sino el recorrido. Y a lo largo que cada calle hay tenderetes insomnes que ofrecen bisutería y jerséis. Pero ya he aprendido que para que esa señora se haya



+Maduro: la estrategia religiosa que no funcionó.

ganado el derecho de venderme un jersey, ha tenido que cruzar montañas heladas sin un jersey que abrigue como es debido. Entonces pienso en las calles de lujoso comercio vaticano que rodean San Pedro de Roma.

¿De qué sirve el camino, si no conduce al Templo? Es la frase con la que termina el filme *Nostalgia*, de Andréi Tarkovski. Y aunque no suena muy budista eso de supeditar el camino al fin, basta con llegar al Templo para comprender Mcleod Ganj. Porque si el proverbio versa que “llegar a Roma es perder la fe”, llegar a este Templo que parece un polígono mal pintado es aprender que la fe budista es otra cosa. Se recorre en círculo, descalzo y en el sentido de las manecillas del reloj, porque en el ciclo del tiempo todo vuelve a comenzar, y más vale recorrerlo en humildad. Y si algo tiene todo el mundo en este pueblo es nostalgia. A pesar de la sensible mochilera y de la ridícula “espiritualidad” de tantos occidentales, para ver el Tíbet en Mcleod Ganj hay que mirar dentro de sus exiliados. El resto no existe. —

ELECCIONES VENEZOLANAS EL CAMBIO COMO DESTINO

ALBERTO BARRERA TYSZKA

A partir del año 2006 comienza una tendencia persistente en todos los procesos electorales venezolanos: el crecimiento sostenido de votantes a favor de una opción de cambio. Aun perdiendo los comicios, durante todos estos años, la oposición siempre ha ganado más votantes que el oficialismo. Incluso estando vivo Hugo Chávez, la tendencia se mantuvo. Entre 2006 y 2012, la alternativa democrática obtuvo 2.298.838 nuevos votos, casi tres veces más que el gobierno. Durante esos seis años, la ventaja del chavismo descendió más de quince puntos porcentuales. Han sido años de bonanza petrolera, de enorme gasto público, de clientelismo oficial y de un control político cada vez más feroz, de un insólito proceso de propaganda y de desarrollo del culto a la personalidad... y sin embargo, esta dirección se ha mantenido. La tendencia sigue intacta: el

domingo 14 de abril, casi un millón de personas dejaron de votar por Nicolás Maduro.

Las encuestas más optimistas anunciaban una derrota con una diferencia mínima de cinco u ocho puntos de ventaja a favor del gobierno. Vistos los resultados, incluso si se aceptara finalmente una victoria oficial, Nicolás Maduro perdió —durante la breve contienda electoral— un promedio de sesenta mil votantes diarios. La costosa campaña necrofílica, que de manera descarada buscaba apelar melodramáticamente a la relación religiosa con Chávez, no fue tan exitosa como pensaban. La identidad pagana del país pudo más que la estrategia que invitaba a pagar la deuda moral que supuestamente se tenía con el “redentor de la patria”, con el “santo de los pobres”. Nadie imaginaba un resultado tan parejo, tan estrecho. El domingo 14 de abril volvió a ser evidente que los dioses de la historia son frágiles.

El chavismo sin Chávez intentó superar su primera prueba siguiendo un manual de mimetismo. El heredero hizo lo imposible por imitar al líder ausente. Se arropó bajo su imagen, ensayó todos sus trucos retóricos, intentó repetir una a una sus recetas. Invocó su condición de hijo legítimo, de sucesor, de amante fiel, de devoto absoluto. Se propuso como un vacío, como una negación personal, como un simple vehículo por donde el mesías podía resucitar. “Nosotros —dijo una vez— para ser nosotros mismos, tenemos que nombrar, vivir y tener a Chávez, cada segundo de la vida que estamos viviendo hoy, mañana y siempre: Chávez, Chávez, Chávez, Chávez...” Buscando acceder a la *autoridad carismática*, tal y como la concebía Max Weber, Maduro terminó desvaneciéndose, desdibujando —si alguna vez la tuvo— su propia voz.

Chávez poseía un gran talento comunicacional, un sentido envidiable de la empatía, un manejo eléctrico de las masas y una falta absoluta de escrúpulos a la hora de desarrollar un ejercicio de poder personalista. Logró moldear un proyecto narcisista de sociedad. Pero todo lo que con él fluía con sus herederos parece

crujir. Siempre falta algo. Intentan sin demasiado tino encontrar la fórmula del hechizo y terminan aferrados a los procedimientos más básicos: la confrontación, la amenaza, la agenda violenta. Diosdado Cabello, otro de los herederos, presidente de la Asamblea Nacional y factor de poder dentro del chavismo, lo ha anunciado ya en dos oportunidades: “Chávez era el muro de contención de nuestras ideas locas”, ha dicho. En plan de franca advertencia. Como si la peor amenaza pudiera llegar ahora que el líder no está: ser ellos mismos.

Es precisamente lo que ha pasado después del domingo. Cuando Henrique Capriles exigió una revisión del cien por ciento de las actas electorales, la reacción del gobierno fue desproporcionada y agresiva. Pretendieron satanizar de manera inmediata la protesta. Denunciaron un golpe de Estado. Acusaron a la oposición de rebelión e insurrección. Señalaron supuestos hechos violentos para probar los también supuestos planes terroristas de la oposición. Reprimieron manifestaciones populares. Desataron una persecución entre los empleados públicos, tratando de ubicar e intimidar a posibles votantes por la oposición. La propia naturaleza del chavismo, que solo sabe manejarse en “contextos de guerra”, quedó al desnudo sin la presencia unificadora y sensiblera del líder. Aparecieron frente al país como la imagen del caos, frente a la serena sensatez de un hombre que solo pedía que se contaran todos los votos.

Contra todos los pronósticos, nuevamente, en muy pocos días, la oposición obtuvo otra victoria política. El Consejo Nacional Electoral, compuesto como todas las instituciones por una abrumadora mayoría oficialista, se vio obligado a acceder a la petición de Capriles. Más allá de los resultados que determine este proceso, ya el país tiene otra configuración. Es evidente que la gente votó por Chávez, aun a pesar de Maduro. Y si este resultado se mantiene, habrá que concluir que el país eligió a alguien que ya no existe. Que los escenarios de poder en Venezuela ya no tienen otro destino que el cambio. —

ESPAÑA

DATOS PREOCUPANTES

La Fundación BBVA publicó este mes de abril un informe titulado “Valores políticos-económicos y la crisis económica”. Los datos referentes a España son preocupantes: en general, indican que los españoles se informan poco, apenas se asocian para formar una sociedad civil fuerte y creen que el Estado debería ser más interventor y gastar más.

► Españoles que no leen “casi nunca” un periódico: 34,2%

► Españoles que no pertenecen a ninguna asociación o grupo: 70,6%

► En una escala del 0 al 10, los españoles se consideran en un 3,9 partidarios del socialismo y en un 2,3 partidarios del capitalismo

► En una escala del 0 al 10, los españoles dan un 7,1 de aprobación a la frase “El Estado debe tener un papel muy activo en el control de las economías”

► Un 74,1% de los españoles está de acuerdo con la afirmación “El Estado debe tener la responsabilidad principal a la hora de asegurar que todos los ciudadanos puedan gozar de un nivel de vida digno”, mientras que un 23,6% cree que “Cada persona debe ser el responsable principal a la hora de asegurar su propio nivel de vida”

► En una escala del 0 al 10, los españoles dan un 5,2 a la afirmación “La economía de mercado es el sistema más conveniente para el país” y un 6,6 a la afirmación “La economía de mercado es la causa de las desigualdades sociales”

► Un 20,8% de españoles cree que frente a la situación económica lo mejor es “Hacer recortes y ajustes para cuadrar las cuentas públicas”, mientras que un 58,7% afirma preferir “Mantener o aumentar el gasto para estimular el crecimiento”

► Los resultados completos y los detalles técnicos de la encuesta pueden verse en www.fbbva.es —

75

LETRAS LIBRES
MAYO 2013